

Hélia Correia

Lillias Fraser

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO PÉREZ ISASI



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Lillias Fraser

Relogio d'Água, Editores, 2001.

Primera edición: mayo de 2023

© Hélia Correia

© de la traducción del texto, Santiago Pérez Isasi

© de la cubierta, Maria Teresa de Medeiros

Edición © La Umbría y la Solana, 2022

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-126248-3-0

Depósito legal: M-6919-2023

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

Escocia, 1746

I

Lillias se salvó de la masacre porque, seis horas antes de la batalla, vio a su padre muerto, tal como realmente iba a fallecer un poco más tarde: atravesado por las bayonetas de tal forma que los agujeros de su tripa vertían sangre, bilis y excrementos. Tom Fraser estaba de pie, tapando la entrada, proyectando oscuridad, como siempre. Ella pensó que lo que tanto lo irritaba era encontrarla dormida en la cama de madera, que se usaba solamente en tres momentos de la vida: parir o ser parido, aparearse por primera vez o fallecer. Su padre demostraba su enfado abriendo su cuerpo, hablando a través de sus heces rojizas. Lillias quería esconderse, pero sabía que el pecado de una hija jamás escapaba de la vista de su padre. Arremetió contra aquellas piernas y pasó entre ellas, tan pequeña y azulada que adquiría cualidades de animal. Su camisón aleteaba como plumas a merced del viento, mientras corría y se alejaba cada vez más, sin darse cuenta de que, en realidad, todavía no había sucedido nada.

Acabó por acostumbrarse, y así, cuando, años después, ya en Portugal, vio derrumbarse una ciudad entera, se levantó en silencio del jergón, preparó un hatillo de ropa y se fue a dormir al jardín, sin avisar a nadie de lo que iba a suceder poco después, por la mañana. Pensó que, si se lo contase a alguien, crearía tal estado de confusión que los accidentes

comenzarían incluso antes de que los provocase el terremoto. Tenía, en aquel momento, quince años, pero había aprendido a ser tan sensata que la precaución ya le cortaba la frente por la mitad con las arrugas propias de la madurez.

Pero, por ahora, la vemos escapar en una huida de niña, destinada a hacerse sentir en aquellos que deben de estar, en aquel momento, perdonándola. Sus pequeños pies golpean al mismo tiempo contra el suelo y contra el pecho de su familia, y quienes la aman están ya sangrando de pena por buscarla, tan heridos por las nieves de las cumbres que han de gritar pidiéndole perdón. Lillias no sabe exactamente dónde está, va pisando al azar el hielo y la hierba. El viento norte embiste contra los troncos y atraviesa su camisón, le perfora la piel, como la bayoneta que va a abrir el estómago de su padre.

Estamos a mediados de abril, y el frío es un poco más difícil de entender; es un frío de oro, y las nuevas criaturas se dejan engañar por la belleza, se alejan de sus madres, atontadas con la neblina que cae sobre ellas. Nuestra muchacha, Lillias Fraser, empieza aquí su danza pavorosa, da vueltas a ciegas alrededor de los árboles, llora en silencio porque no se atreve a mezclar su voz con la del bosque. Olvida ahora la razón por la que huía, se hiere con las piedras, con las raíces, se hiere en medio del día como quien atraviesa el monte en plena noche. Por eso, cuando cae y se da cuenta de que el declive la va llevando hacia abajo, ella produce su propia oscuridad, cerrando los ojos, casi sin sentido. Parece que aquel suelo se ha hartado de ella, de observar el miedo humano durante una mañana entera, porque la empuja como si ondulase, hiriéndola un poco más, pero devolviéndola al camino, allí abajo. Y piensa que la salvó.

Hay, efectivamente, una mujer que pasa y que recoge a Lillias entre sus brazos. Y, sin embargo, el sonido del sufrimiento todavía flota en el aire, molesto, y la naturaleza ve que no se trata apenas de una niña extraviada, sino que, hacia el nordeste, más allá del lago Ness, se mata y se muere con la intensidad habitual en cualquier batalla, pero con inusitada rapidez. Comienza allí un final que habrá de alcanzar a quien se juzgaba al margen de esta historia, como Lillias, o como el monte por el que subió, que se convertirá en pasto para carneros y perderá los sentimientos y las sombras.

La mujer que recoge a Lillias no tiene siquiera fuerza para levantarla. La zarandea contra el camino, de forma que las piedras hieren aquel pequeño cuerpo y la niña reacciona. Se frota los ojos, se yergue y se agarra a la falda que tiene delante. Todo su peso de persona necesitada de socorro se cuelga de aquella tela descolorida y casi la rasga, de modo que la mujer la abofetea. «Suelta», le dice. Lillias se acuerda de las brujas que son así, arrugadas y vestidas de negro, y se estremece. Y sigue estremeciéndose, de miedo y de frío, dentro de su camisón, hasta que la vieja saca un bizcocho de su bolsa y se lo ofrece. Presta poca atención a la muchacha, estira la cabeza y parece olisquear, con su gran nariz. Sea lo que sea lo que estaba buscando en el aire, parece encontrar la respuesta en Lillias. «¿De quién eres hija?».

«De Tom Fraser», dice.

«Que Dios tenga piedad», exclama la vieja. Y tirando del brazo de la niña, la saca del camino, sin hacer caso a sus quejas. Le clava los dedos a fondo en la muñeca, pisa el follaje sin mirar atrás, veloz, demasiado veloz para su edad.

Como si solo le importase el brazo. El resto de la niña va golpeándose contra las raíces, contra los espinos.

Lillias llora, apoyada en la chimenea. La vieja le ha dado pan y leche, pero tan solo deja un ínfimo terrón de turba encendido. Lloro también, las lágrimas caen por sus arrugas, pero se las limpia como si solo quisiese librarse de un picor. La incomodan las lágrimas y la niña, y da pequeñas patadas contra la tela de la falda. Escucha, entreabre de vez en cuando la puerta de la choza, golpeada por el viento que parece traer el sonido de los cascos de un caballo. Lillias no sabe cómo va a regresar a casa, está presa porque desconoce el camino. Su pequeño cuerpo, alimentado, recalentado bajo la dura lana, olvida rápidamente los sinsabores del día.

Las manos de la vieja la acunan, sin que ella consiga entender dónde se encuentra. En la oscuridad, el cuerpo acuclillado que la mece y que murmura en su oído le genera tanto miedo que sus palabras chocan contra su cerebro como contra una armadura. Y solo más tarde, mucho más tarde, cuando ya está sola, Lillias entiende las intenciones de esa mujer. «No te muevas, no hables. No hables», repite. Y la niña se encoge de terror, obedeciendo esas instrucciones, sin querer. La mujer estira la manta para cubrirla y coloca los terrones de turba por encima. Ella se resiste y la vieja vuelve a pegarle. Lillias siente en su cara, en la cabeza, los nudillos de aquellos dedos que la empujan desesperadamente hacia el suelo.

Recordará después, con gratitud, el tiempo que aquella mujer perdió con ella. Se lamentará: «Si me hubiese explicado el peligro que corría...». Eran sus huesos, sus falanges

las que se lo explicaban, las que instruían apresuradamente a la niña, mientras el grito de los ingleses se volvía cada vez más audible. Lillias se acordó del grito con el que los borrachos conjuran el pavor en los funerales, pensó en cómo solían asustarla cuando caían, medio dormidos, intentando aún agarrar a las muchachas. No tenía más recuerdos que aquellos. Y fue por miedo a que la vieja le pegase por lo que se mantuvo inmóvil bajo el carbón, mientras la muerte se extendía a su alrededor.

II

Estuve en el campo de batalla de Culloden en 1999, a mediados de abril, un día después de las conmemoraciones, cuando los ramos de narcisos, las flores de la muerte, levemente encrespados por la brisa, todavía temblaban junto a las lápidas. Ancianos estadounidenses recorrían toda la extensión señalizada, buscando huellas del clan del que pensaban que descendían. Estaban dispuestos a fantasear, a pagar cualquier precio por un poco de historia, que es aquello que les falta.

Es cierto que el desastre de Culloden determinó la emigración en masa de los escoceses para el Nuevo Mundo. De hecho, algunos de aquellos visitantes sabían exactamente a qué venían. El tono general era ceremonioso, si bien el color alegre de los vestidos, la mal disimulada felicidad del viaje, denunciaban el origen de aquellos grupos con irremediable crueldad. Ellos caminaban sobre el suelo, buscando el lugar en el que habían caído y habían sido masacrados hombres con un nombre igual al suyo. Y el suelo que pisaban no les respondía. Si algo les decía era solamente que no tardasen demasiado, y ellos seguían, excitados por la extensión y por el frío, con la energía de sus cuerpos de montañeses. Sentían poco, no sentían nada. Estaban demasiado rojos para las fotografías, se ajustaban el cuello de los abrigos, pensando más en sus nietos que en aquellos otros a los que habían venido a buscar.

Se dice que aquel es un lugar de desperdicio y tristeza, y que el absurdo, que al fin y al cabo es lo que origina todas las batallas, fue llevado al extremo en Culloden. Cuesta comprender que los escoceses hayan escogido como campo de batalla esta campa pantanosa, entrecortada por salientes de turba, construidos para que los rebaños se abrigasen detrás de ellos. La conocida carga de los guerreros, que solían embestir con brutalidad, hipnotizando al enemigo con su grito y con su piel pintada, no encontró su espacio en un terreno así.

En cierto modo, habían prescindido de un arma que siempre había dado pruebas de eficacia. Los generales que se preparaban para la guerra naturalmente no encontraban en los manuales ningún capítulo sobre el pavor que provocaba la visión de los «salvajes». Atacaban desordenadamente, sin formación, sin limpieza militar. No combatían a la manera de los romanos que, en su tiempo, por otra parte, habían preferido levantar una muralla para contenerlos, renunciando a avanzar hacia el norte. Ya en aquella altura su forma de luchar tenía aquel estilo desaforado, imprevisible, que enervaba a los soldados regulares hasta el punto de hacerles perder la razón.

No hay forma de explicar Culloden sino por la voluntad de desastre a la que invita una depresión extrema. Se dice, aún hoy, que los guerreros escoceses estaban siendo usados y lo sabían.

Carlos Estuardo, apoyado por los franceses, como era tradición, contra los reinantes en el trono de Inglaterra, tenía motivaciones palaciegas y poca simpatía por los bárbaros. Había sido criado con delicadeza principesca durante el dulce exilio de su padre, otro pretendiente derrotado,

mimado por las cortes enemigas. Dificilmente confraternizaba con aquellos guerreros coloridos, pendencieros, bebedores de una mezcla de *whisky* y cerveza que despertaba en ellos la alegría más brutal. El sistema tribal, que en ciertas islas rozaba el comunitarismo, les parecía a los europeos del siglo XVIII un arcaísmo voluntario, una insolencia. Aunque el odio atávico entre clanes se hubiese confundido hacía mucho tiempo con causas partidarias, a favor o en contra de una nación escocesa independiente, su modo de odiar seguía intrigando a aquellos que se servían de él.

Carlos fue hermoso, aunque por poco tiempo. Su retrato, en aquella época, nos permite ver una especie de luz que en realidad nacía simplemente de su piel de muchacho casi imberbe. Se habla de su éxito con las mujeres. Las movió a la guerra, es cierto, con sus galanteos; pero también los hombres cantaban su belleza, la del *Bonnie Prince*, el hermoso príncipe, y eso tuvo no poca importancia en su destino.

Cualquier cosa digna de ser cantada sometía a aquellas almas celtas a la más terrible de las dedicaciones. El bardo y el músico tenían tal prestigio que nadie los callaba, aunque los jefes se lamentasen de la impertinencia con la que se imponían a sus oídos somnolientos, atronando en las aldeas desde el amanecer. Cuentan que el músico, cuando acababa, tiraba la gaita al suelo, despreciando así el puro material, ese instrumento, literalmente hablando, de su aliento, que era donde se formaba verdaderamente la música. Llevaba siempre detrás un ayudante encargado de recogerla. Presidía las batallas, provocando una euforia casi alucinatoria. Los chiquillos de su séquito temblaban,

viendo a sus padres y a sus hermanos mayores casi irreconocibles, diluidos en la masa furiosa de los guerreros. Y la estridencia de la música alcanzaba, como algo físico, a ambos lados, golpeando el espíritu de los hombres, estimulando el miedo o el entusiasmo, conforme fuese la condición de quienes la oían.

Antes del invierno, los escoceses de Carlos Estuardo se habían atrevido a avanzar Inglaterra adentro. Fue una marcha triunfal hacia el sur. Faltó poco para que cayesen sobre Londres, torciendo el sentido de la Historia a su favor. Sin embargo, se volvieron atrás. Echaban de menos su hogar, se dice.

Corría por sus venas, es cierto, sangre vikinga. Sin embargo, por lo que parece, el movimiento que empuja a los hombres a la conquista, fuera de su territorio, los incomodaba. No le encontraban ningún sentido. Además, podían atisbar, entre los altos mandos, ciertas sombras, cierta forma de desviar la mirada, lo que los llevaba a dormir poco, a no dormir, desconfiados. Los generales de la casa Estuardo intrigaban, algunos establecían incluso conversaciones secretas con los ingleses, como es habitual en cualquier guerra entre hombres civilizados. Solo los ingenuos, y Dios sabe cómo de grande era la ingenuidad de los escoceses, entenderían estas diligencias como traición. No se traiciona en política, solo se traiciona en las novelas de aventuras. De hecho, toda esta guerra era un terreno propicio para la literatura. Todavía hoy los niños escoceses se aprenden las baladas de Culloden con esa emoción por los justicieros propia de las lecturas infantiles. Pero nacieron después de todo aquello, mucho después. Pueden mirar